

## MOISES VINCENZI

*Luis Barahona*

Nada mejor que este homenaje dedicado a don Moisés Vincenzi, porque no se trata sólo de exaltar los méritos de este costarricense ilustre, sino de hacerse cargo de una obligación que en una sociedad bien organizada debe corresponder a los organismos encargados por naturaleza propia de mantener encendida la llama de la cultura. La Asociación Costarricense de Filosofía ha sabido comprender en esta oportunidad que el país está en el deber de honrar la inteligencia en aquellos varones que ejercieron con orgullo y devoción el apostolado del saber.

No es cosa usual entre nosotros que al morir las personas que han sabido darle renombre al país en el campo de las letras, de las ciencias o de las artes, se les honre y se les presente ante las generaciones jóvenes como exponentes de las mejores esencias humanas. Sino que, por el contrario, lo normal viene siendo que se levanten monumentos a las muchas figuras políticas, algunas muy discutibles, que en cada época nos florecen casi por generación espontánea. Porque es lo cierto que en Costa Rica hemos estado a la merced de políticos que atendieron ellos solos todos los menesteres de gobierno por más de un siglo y en cuyos planes, si es que los tuvieron, contó muy poco el desarrollo intelectual del país como lo atestigua el decreto de extinción de la vieja Universidad de Santo Tomás. Por eso no es de extrañar el que se regatee, no sólo el mérito que corresponde a quienes dedicaron su vida a las faenas superiores del espíritu, sino los medios necesarios para llevar con decoro el ejercicio de la profesión intelectual y hasta los indispensables para el mejor desempeño de tales labores, como son las bibliotecas, los laboratorios y los institutos de investigación y de formación académicas. A esta situación, caracterizada por la pobreza de medios y de auténtica vida intelectual, debemos achacar la ausencia de una crítica literaria, científica, filosófica y artística bien orientada. Porque entre nosotros se sigue cumpliendo el dicho de Unamuno de que sólo conocemos el palo o el ditrambo; yo agregaría a estos extremos, igualmente funestos para el desarrollo de la cultura, el silencio, el silencio calculado, lleno de envidia y de resentimiento. De esto Vincenzi sabía mucho, pues vivió arrastrando durante toda su vida la pena de saberse incomprendido en su propia patria.

Evidentemente nos hace falta un espíritu libre de egoísmo, altamente cultivado, inteligente para separar la paja del grano, pero indulgente también, lleno de generosidad, de celo patriótico y de caridad cristiana. En una palabra, algo de aquella inteligencia y de aquel corazón que tuvo, por ejemplo, en España un don Marcelino Menéndez y Pelayo, tan abierto a todo, tan versado en lo divino y lo humano, pero tan noble siempre en su trato con el prójimo.

Vincenzi dedicó toda su vida al ejercicio de la docencia, al magisterio. No me refiero aquí al hecho de que hubiese recorrido todos los grados de la enseñanza como maestro, desde la primaria hasta la Universidad. Todo el mundo sabe que el magisterio es un apostolado que consiste, antes que nada, en hacer entrega de sí mismo a todos los que de una o de otra manera se acerquen solicitándonos ayuda para adentrarse en el conocimiento de su propio yo, de su personalidad. Vincenzi, dotado de un temperamento rebelde, sabía ser maestro en estos menesteres, primero, con su ejemplo y luego con su palabra. Siempre trató de alentar en sus discípulos este afán de ser autén-

ticos y originales. De este magisterio nos quedan ahora, después de su muerte, algunas notas muy sobresalientes con las cuales puede decirse que seguirá ejerciendo su docencia al través del tiempo.

Primero, "su saber", así entrecomillado, porque si hemos de ser fieles a su memoria, hay algo que no debemos olvidar: su originalidad. El siempre se cuidó de "seguir la proyección de su propia sombra sobre el panorama de los motivos", como lo advierte muy intencionalmente en el prólogo a "La Nueva Razón".

No es cosa de hacerse cargo ahora del valor filosófico de lo que llamaba un tanto tímidamente "su sistema"; más bien se trata de destacar como algo ejemplar aquella su pasión por adentrarse en los temas buscando una interpretación personal del mundo y de la vida, pues creía, con muy sobrada razón, que lo importante del quehacer humano radica, ante todo, en el riesgo que se corre en definirse, bien sea en la vida o en el complejo mundo de las ideas. Con este coraje, con esta rebeldía desafió Vincenzi el ridículo y se puso a filosofar ante la faz de América y del mundo en una época en que muy poco podían interesar semejantes temas y en un país en el que difícilmente habría media docena de personas con quienes platicar acerca del ente, del ser o de la nada. Destaco este temple, este talante intelectual, como ahora se dice, porque es una de las notas que más admiro en la personalidad de nuestro filósofo. Todavía poco antes de morir, muy seguro de sí, lanza un reto a la posteridad, resumiendo y sistematizando en un grueso volumen toda su postura filosófica.

Había en Vincenzi un magnífico escritor, que es lo que suele deslumbrar más a quienes no se adentran en el espíritu del filósofo, pues tiene suaves resonancias líricas y un estilo armonioso, mediterráneo. Pero entre las notas de "su saber" hay una cualidad muy peculiar y es la claridad de su pensamiento. Por algo en "La Nueva Razón" declara que Platón es más claro que Heidegger, siendo los griegos difíciles de ser superados en esto. Creo que esta virtud, rara entre los que filosofan, y sobre todo, entre los que, a semejanza de aquel Hermolao Bárbaro, acuden al príncipe de las tinieblas para arrojarse en un manto de falsa sabiduría, es la mejor garantía de que había en él una inteligencia altamente cualificada para el quehacer filosófico y de que su obra debe ser estudiada con atención y aprecio.

Un buen día Vincenzi, deseoso de contribuir con su pluma, su saber y sus nobles sentimientos al mejoramiento del país, da en escribir artículos breves en la prensa, pero sin calzarlos con su firma a fin de que no se prejuzguen sus ideas por el hombre, sino por su propio valor. Enseguida se produce gran curiosidad por saber quién es el autor de aquellos mensajes de alta moralidad cívica en los que domina un encendido amor a Costa Rica y al bienestar espiritual y cultural de su pueblo. "Bandera Blanca" es el título original con que aparecieron sus colaboraciones en la prensa y ahí quedan como testimonio del patrimonio de Vincenzi. Ahora que este patriotismo no es aquel chauvinismo aldeano y miope de los que suelen adormecernos con lugares comunes hablándonos, como decía Mario Sancho, del mejor café, de las más bellas mujeres y de los frijoles negros con "tortilla" y "agua dulce". Pensaba don Moisés que Costa Rica era sólo una pequeña parte, para él la más querida, de Centro América, la Patria Grande donde tanto se le admiraba y respetaba; pero, sobre la patria chica y la patria grande estaba la gran realidad americana, a la que con frecuencia tomaba el pulso y auscultaba con sus encuestas al través de "Repertorio Americano". América era para él una comunidad espiritual en la que vivían y pensaban los grandes espíritus forjadores de su destino. Por eso buscaba el diálogo con ellos y el contacto personal en sus viajes o el trato indirecto en su abundante correspondencia. Tal era el armonioso patriotismo de este gran centroamericano, de este noble hijo de América.

Vivió don Moisés en la pobreza, en una franciscana austeridad, sin dar muestras de desabrimiento de ánimo, sin la amargura de los que sufren por la riqueza ajena, ese mal que hoy sopla por el mundo produciendo tanta pasión y encono. Su comportamiento recordaba el de un buen caballero renacentista, sobrio y con cierta altivez, nunca soberbia, en lo que demostraba un vivir para sí, sereno y liberado del ansia

de satisfacciones meramente elementales. Supo dominar la tentación que espolea a las nuevas generaciones para dar el salto y situarse en la vida con un solo objeto, alcanzar el más alto grado de confort, aunque para ello sea indispensable muchas veces la quiebra de la moralidad.

Considero que ya va siendo necesario decir con claridad que la honradez es ante todo una virtud y que se debe practicar. Hay muchas personas para quienes esta verdad de orden moral puede significar una sorpresa, y mayor sorpresa llegar a saber que muchas viven y mueren todavía en pobreza, tan sólo porque rinden culto a la honradez. Porque a nadie debe caber dudas de que Vincenzi fue uno de estos últimos; tenía capacidad y méritos como el que más para haber hecho una carrera brillante y llena de halagos materiales, pero prefirió una vida modesta, sobria, en el regazo del hogar, entre sus libros y sus papeles, por entero dedicada a su labor creadora. Esta era su riqueza y a ella sacrificó los opeles y el dinero.

"Vivo en la mayor humildad: ¡Todo lo he gastado en la educación jubilosa de mis hijos!". Así se expresa, lleno de profunda satisfacción, en una de sus obras. Lección elocuente para quienes practican el saber como una mera profesión lucrativa.

Deseo dedicar algunas palabras más a comentar la ingente labor literaria y filosófica de Vincenzi en cuanto significa un ejemplo para la juventud estudiosa de nuestra patria. Es realmente un portento que en un país tan pequeño como el nuestro, en un medio tan limitado desde el punto de vista cultural, y en una época en que aquí no había instituto, asociación ni facultad en las que se cultivase la filosofía, un solo hombre fuese capaz de escribir tan gran cantidad de obras. Pasma pensar en la gran dedicación, la capacidad de trabajo y, sobre todo, el gran coraje que debió tener para seguir adelante cada día sin desilusionarse por el mezquino resultado que obtenía. Hoy tenemos una universidad, los estudiantes realizan viajes y perfeccionan sus conocimientos en centros de renombre universal; se cultivan los idiomas clásicos y modernos en las aulas universitarias y vienen hasta nosotros renombradas autoridades a dictar cursos. Se celebran reuniones internacionales, congresos y seminarios en los que participamos regularmente y tenemos muy a la mano las principales producciones del intelecto humano; pero, muy a pesar de todo esto, es lo cierto que no vemos, veinte años después de haberse fundado la Universidad, una floración de valores nuevos que vengan a reponer lo que ya no existen y que en su mayor parte fueron verdaderos autodidactos.

Vincenzi nos ha dejado a todos una herencia: sus virtudes, su afán de producir y de honrar a la patria con sus obras. Sírvanos esto de acicate en nuestro trabajo cotidiano y hagamos un propósito que honre su memoria, el propósito de convertir nuestro quehacer filosófico y literario en una faena patriótica, en un apostolado noble, desinteresado que sirva para elevar las inquietudes de las nuevas generaciones hacia planos de espiritualidad y de auténtico valor moral.

Ya al final de esta intervención deseo confesar que a mí no me ha movido a pronunciar este elogio una amistad entrañable, ya que en realidad mis contactos con don Moisés fueron ligeros, ni el agradecimiento, pues nunca le oí decir nada que pudiera afectar mi vanidad personal, ya que era muy parco en sus juicios y opiniones sobre autores y hombres. Lo que en verdad me ha movido es el deseo de honrar su memoria destacando su espíritu creador, su constante afán de estudiar nuevos temas, de englobar en su yo, reflexiva y filosóficamente, alguna parte más de este inmenso universo en que Dios nos tiene colocados. Y agregó ahora que este espíritu meditabundo y este afán de hacer filosofía sobre los más diversos temas es lo que nosotros debemos imitar, pero de tal modo que llegue a tener ejemplaridad. Porque eso es lo que necesitamos para que exista una auténtica filosofía nacional y eso es lo que debemos mostrar en nuestra universidad: meditación honda, espíritu creador, investigación de primera mano. Poco o nada se hace en este sentido, ni se investiga, ni se profundizan los temas fundamentales del saber, si se crea en arte, ni en literatura; todo lo que hacemos es roer el hueso, sin llegarle al tuétano. Creo que ya va siendo hora de acometer la realidad,

yendo al corazón de las cosas para centrar en ellas una más alta vida universitaria, un quehacer político más digno y objetivo, una creación artística fuerte, valiente y transida de intención poética.

Escribía Vincenzi en el número 205 de su libro "Conocimiento Antinómico":

"El verdadero hombre culto mide su valor por las ideas vitales que remueve en sí mismo y proyecta, vigorosamente, hacia fuera. Rarísimos son los intelectuales que pueden vitalizar una extensa cantidad de conocimientos. Por lo general, lo simulan con sutileza, cuando la pedantería les deja campo libre para este homenaje a la cordura mental. El filósofo prefiere contemplar la naturaleza a memorizar cifras; vivir el drama humano, a comentarlo, en tono doctoral y complejo, sobre las pastas de los volúmenes. La escasez de talento empuja a la falsa erudición; la amplitud de recursos, al estudio directo de la realidad, por comprometedor o difícil que sea".

Queden aquí estos pensamientos suyos a manera de pórtico, de inspiración y de divisa de la Asociación Nacional de Filosofía, que hoy ha querido rendir este homenaje y que se empeña en tantas empresas intelectuales que dignifican, dan brillo y esplendor a la cultura costarricense.

Vincenzi cumplió ya muy ampliamente su misión terrenal, por lo que muy bien podemos ahora afirmar que con él se inicia un período de madurez en el pensamiento filosófico nacional. No cabe mayor elogio para su obra, ni mejor consagración en el panteón de los hombres ilustres de nuestra patria.